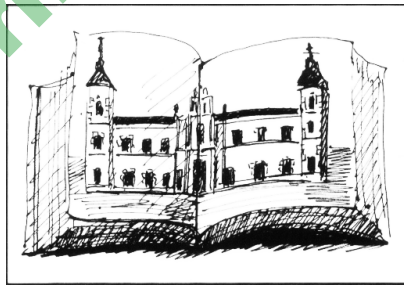


Cuadernos del Laberinto



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

Cuadernos del Laberinto

Juan Durán-Loriga

Mis cartas políticas desde París

(1986-1991)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°46—

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN DURÁN-LORIGA

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JORGE VÁZQUEZ COSTA y LUIS M. MARINA BRAVO

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Mayo 2016
I.S.B.N: 978-84-945530-9-7
Depósito legal: M-16929-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*En memoria de Conchita Rodríguez
y de Catalina Serrano.*

Cuadernos del Laberinto

Cuadernos del Laberinto

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

En la primavera de 1986 llevaba ya tres años en lo que con bastante exageración llamo en mis *Memorias Diplomáticas* «ostracismo ártico». Si del Rin había subido al Báltico y si mi embajada alemana había sido tan corta podía ser por culpa mía, del Ministerio de Asuntos Exteriores, del Gobierno o de los españoles que habían dado una victoria electoral a la oposición. Pero en modo alguno debía tomar Oslo como puesto marginal y de castigo y endosar a los noruegos mi resentimiento. En realidad lo que me dolía no era ser destinado a Noruega sino la interrupción brusca y prematura de mi misión en Bonn.

La considerable curiosidad histórica y geográfica que tengo desde niño me hacía acoger con gusto la perspectiva de vivir el norte de Europa. Noruega, que traté de conocer bien, me interesó grandemente.

No he olvidado la soberbia majestad de los fiordos, ni el encanto misteriosamente asiático de las iglesiucas medievales de palo.

Me admiró la reciedumbre de las gentes, de la que un noruego sabio me dio la clave. Para juzgar la aparente rudeza de sus compatriotas, me dijo, había que tener en cuenta que seguían teniendo alma de campesinos o mareantes por lo que se sentían exiliados en las ciudades. La franqueza y la naturalidad regían

los contactos sociales sin las zalemas que los adornan en otras latitudes.

Estaba más que satisfecho de mi experiencia nórdica pero, pasados tres años, deseaba un puesto más movido, aunque nuestros problemas piscatorios con Noruega no fueran desdeñables. Pedí Marruecos y se me ofreció Argelia, que en principio tuve la temeridad de aceptar. Se produjeron cambios en el ministerio que resultaron serme favorables. No conocía a Francisco Fernández Ordóñez pero mi grande y viejo amigo Leopoldo Calvo-Sotelo, que había perdonado su desertión, le aconsejó que contase conmigo. Consultó sobre mí al subsecretario, Fernando Perpiñá-Robert, que había sido mi muy eficaz colaborador en Bonn y siempre leal amigo.

El ministro me prometió un puesto de importancia. Y lo cumplió con creces. Fui a París, a pesar de que mi orientación política era, y sigue siendo, paleo-liberal. Tuvo algo que ver en ello la mal llamada *cohabitación* parisina. Mi predecesor Juan Reventós, de quien solo puedo decir cosas buenas, había informado que el resultado de las elecciones generales de 1986 abría el camino a una duplicación del poder ejecutivo que no había previsto la Constitución de la Quinta República. No era aconsejable enviar a París un embajador político. Era el momento para un diplomático de carrera experimentado.

En mis sueños juveniles me había visto terminando la carrera a orillas del Támesis o del Potomac más bien que jubilándome junto al Sena. La embajada en París parecía reservada a políticos a los que se quería alejar o recompensar¹.

1. Mi pariente el general Serrano fue dos veces embajador en Francia. La primera porque en Madrid estorbaba a Narváez, la segunda porque Cánovas quiso premiar su adhesión a Alfonso XII.

No me faltaba idoneidad para ir a París. Siempre admiré a Francia en su historia y en su literatura. Soy, sin llegar a la francomanía, francófilo.

A pesar de no haber sido alumno del Liceo poseía un buen francés aprendido, con institutriz, al par de mi lengua castellana. Lo consolidé en la preparación de las oposiciones. Destinado a Bélgica, viví en francés los tres primeros años de mi carrera en el exterior y también me había ocupado mucho de Francia cuando fui director general de Europa.

* * *

Desde el Renacimiento hasta mediados del siglo XIX las cartas eran prácticamente el único medio de comunicación de los embajadores con sus gobiernos. Era un método lentísimo que daba a los embajadores una enorme autonomía. Debían afrontar el riesgo de equivocarse en nombre de su rey si se hubiese producido un cambio de política con un nuevo valido.

La llegada del telégrafo cambió las cosas. Conocí el final del predominio de los telegramas cifrados en los que la concisión, impuesta por razones económicas, obligaba a vulnerar la gramática. Si el redactor del cable sabía ser sintético y el cifrador conocía bien el código podían producirse pequeñas obras de arte, a modo de sonetos diplomáticos.

Con el ferrocarril y el avión nació la posibilidad de enviar rápidas valijas con información escrita.

Siempre eché de menos una mayor información, un mayor diálogo con los jefes del ministerio. Debo reconocer que cuando fui uno de ellos no pude hacer nada para remediarlo. Los que estábamos en las direcciones políticas geográficas (trabajé en todas ellas) éramos unos a modo de bomberos

ocupados en sofocar los incendios cotidianos, sin tiempo para tareas de fondo.

Acogí con alborozo los progresos técnicos que permitían enviar incontables páginas de información, en claro o secreta, por poco precio. Las embajadas empezaron a recibir de Madrid y a enviarse entre ellas larguísimos textos cuyo valor analítico no había tiempo de compulsar. Los fárragos llevaban camino de vencer a las quintaesencias. Me dicen que esta situación se ha podido enmendar.

Desempeñadas ya por mí otras misiones importantes, sabía que el papel de los embajadores se había devaluado. Lo económico, inseparable de lo político, había adquirido enorme importancia. Los primeros ministros, los ministros de negocios extranjeros y los altos funcionarios de los países miembros de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea tenían constantes oportunidades de verse. Los embajadores no eran siempre informados del contenido y de los resultados de estos contactos por lo que no pocas veces quedaban fuera de juego aunque se esforzasen en disimularlo.

Dediqué algún tiempo a pensar cual podía ser la mejor manera de informar desde París. Para las urgencias había por supuesto que emplear el teléfono, tanto más cuando se había encontrado la técnica de impedir que las conversaciones fuesen captadas. También era preciso recurrir, como antaño, a telegramas cifrados.

No tenía sentido que la embajada emulase a la prensa en el envío de noticias, aunque sí en su interpretación. A los jóvenes diplomáticos encargados de los distintos aspectos de la política interna e internacional y de nuestra relación bilateral les correspondía preparar para mi firma, siguiendo mis instrucciones o por iniciativa propia, despachos y telegramas.

También cartas. He preparado a lo largo de mi carrera cartas para el ministro de mis jefes, que las corregían si lo estimaban necesario y de las que asumían la responsabilidad. La firma no indicaba autoría pero responsabilizaba al firmante.

Las cartas que van a seguir son otra cosa. Buscaban las más de ellas trazar un telón de fondo de la política francesa por encima de las peripecias cotidianas para lo que busqué departir con figuras políticas a las que visitaba, por supuesto sin grabadora y sin tomar notas. Ellos, por su parte, me pedían que les hablase de la transición política española, por cuya marcha solían estar amistosamente interesados. En algunos casos las cartas ampliaban información previamente enviada a Madrid por la escueta vía telegráfica.

Evité emplear en mis cartas el jergal burocrático y utilicé un estilo vivo y a veces un punto desenfadado, adecuado a la amistosa confianza que ponía en mí Paco Fernández Ordóñez. Por ello todas estas cartas, que contribuían también a sumergirme en el paisaje político francés fueron redactadas personalmente por mí.

* * *

He seleccionado las cartas que me parecen de mayor interés y corregido unos pocos errores y erratas debidos a la prisa con que fueron preparadas y mecanografiadas. He suprimido lo que en ellas hubiese, a pesar del paso del tiempo, de indiscreto. Solicité y obtuve el permiso del Ministerio de Asuntos Exteriores para esta publicación.

Hay en las cartas puntos que se repiten, pido disculpas a los lectores por ello. Cada una de ellas nació separadamente de las demás y constituye una narración singular, aunque se

vayan a leer juntas ahora. La supresión de repeticiones hubiese podido hacerlas menos inteligibles y equilibradas.

No es el fin de este libro recoger todas las actividades de la embajada en Francia aquellos años, lo que hice en los cinco últimos capítulos de mis *Memorias Diplomáticas*. Para facilitar la comprensión de situaciones tan lejanas, aunque he comprobado que algunos de los problemas políticos y económicos con que se encontraba Francia hace un cuarto de siglo se dan en la España de hoy, he añadido estrambotes explicativos que van en letra cursiva. He puesto a cada carta un titulillo, que también va en cursiva.

* * *

François Mitterrand había sido elegido presidente de la República Francesa en la primavera de 1981. Con un programa cuyos capítulos económicos, muy radicales, demostraron ser inaplicables y fueron abandonados. (El PSOE, que llegó al poder meses más tarde, lo tuvo muy en cuenta, por fortuna para España).

Cuando llegué a Francia, mayo de 1986, acababan de ganar las derechas las elecciones generales. Había un gobierno presidido por Jacques Chirac, jefe del partido golista (RPR) y del que formaban parte una serie de grupos centristas (UDF).

Los socialistas, al haber perdido las elecciones, formaban el mayor grupo de la oposición. Pero Mitterrand no se creyó obligado por la derrota de los suyos a presentar la dimisión. Entramos así en la diarquía del poder ejecutivo conocida como «cohabitación». De ella y de sus chirridos se ocupan varias de las cartas. Lo curioso es que el chirrido más estridente no se produjo en París sino en Madrid. La discrepancia, abierta, fue

sobre la atribución al Presidente o al Primer Ministro del mérito de la buena relación con España.

En el segundo tomo de la estupenda biografía de Mitterrand por el grande y añorado periodista, tan encariñado con España, Jean Lacouture, se incluye una entrevista preparatoria con Jacques Chirac, Presidente de la República, quien le dijo que el principal momento de tensión con el Primer Ministro fue el de la cumbre franco-española de Madrid.

Esto era altamente satisfactorio para quienes nos habíamos venido ocupando de la relación con Francia, que había tropezado no mucho antes con dos dificultades que parecía imposible vencer: la falta de colaboración francesa contra el terrorismo etarra y su afán por dificultar nuestra adhesión a la Comunidad Europea. Pensaban en París que de esta manera se impedía que el terrorismo se extendiese al País Vasco-francés y se evitaba que la competencia española perjudicase a los agricultores del Languedoc y el Rosellón.

Las cosas empezaron a cambiar cuando Gaston Deferre, Ministro del Interior en el primer gobierno de Mitterrand (que al tomar posesión había comparado a los etarras con los resistentes contra la ocupación alemana) se dio cuenta en el ejercicio de su cargo del daño para Francia de la política de hospitalidad con los etarras. En cuanto a la entrada de España en lo que fuera Mercado Común comprendieron que, a pesar de las airadas protestas campesinas, el aumento de las exportaciones agrarias francesas a España compensaría con creces el incremento de las españolas a las Galias.

Pero el asunto traía cola. Los sindicatos agrarios habían logrado implicar a la Asamblea en su proyecto de solicitar la renegociación, evidentemente para endurecerlas, de las condiciones con que España y Portugal habían entrado en la

Comunidad Europea. El grupo socialista era totalmente contrario a ello, entre otras razones porque con la propuesta se culpaba de hecho a los gobiernos de Mauroy y de Fabius por haber defendido mal en la negociación de los tratados de adhesión los intereses franceses. Varias cartas se refieren a esta cuestión. El *lobby* agrario creía poder contar con el primer ministro, que lo había sido de Agricultura. Pero Chirac, después de su primera visita a Madrid en noviembre del 86, antepuso, y se lo hemos de agradecer, la amistad con España al proteccionismo electoralista. Votaron también contra la revisión centristas y republicanos, entre ellos Giscard y Barre.

Se ocupan otras cartas de la relación franco-alemana y de la ambigua posición de París en el momento de la reunificación. Mi reciente misión en Bonn facilitaba el análisis de tan compleja coyuntura.

Trato también de la artificiosa estrategia nuclear francesa. Y, en lo bilateral, de las presiones, no siempre correctas, para que comprásemos aviones *Rafale*.

Madrid, primavera del 2015

CARTAS
DEL EMBAJADOR
AL MINISTRO

Cuadernos del Laberinto

Cuadernos del Laberinto

Presento mis credenciales

Quiero darte ahora cuenta con mayor detalle de mi presentación de credenciales.

Con empaque presidencial, y en tono de gran cortesía, empezó Mitterrand diciéndome algunas palabras que parecía tener bien pensadas.

Hizo hincapié en el carácter prioritario que atribuye a las relaciones de Francia con España y en su deseo de que sean tan estrechas como corresponde a nuestra proximidad geográfica e histórica. Es inevitable, dijo, que surjan problemas pero todos podrán irse resolviendo en el espíritu positivo que caracteriza ahora nuestros contactos. Miró entonces al Ministro de Negocios Extranjeros, Jean-Bernard Raimond, y señaló que las buenas relaciones entre París y Madrid están por encima de diferencias ideológicas.

Se felicitó de que durante su mandato hubiese ingresado España en la Comunidad Europea y pasó a referirse a los terroristas vascos. Dijo congratularse de que en esta complicada cuestión marchase mejor la colaboración franco-española. «La police française fait son métier», afirmó textualmente. Esperaba que comprendiésemos que ciertas dificultades escapan a las competencias del poder central por encajar en el ámbito vasco-francés.

Habló a continuación de S.M. el Rey y del Presidente del Gobierno en el tono elogioso y cordial que conoces.

Para salir de los temas políticos me contó que su primer contacto con nuestra cultura había sido cuando su profesor,

le hizo traducir un texto sobre la influencia de Krause en el pensamiento contemporáneo español. Esto dio pie a algunas consideraciones de orden cultural.



El joven Mitterrand no tradujo ningún texto sobre Krause. Entendí mal lo que me dijo el Presidente. Supe más tarde que su profesor era Monseñor Boyer-Mas, a quien recuerdo como agregado eclesiástico de la embajada de Francia en Madrid, que fue uno de los funcionarios que abandonaron la representación de Vichy para ponerse al servicio de la Francia Libre. Había escrito un trabajo sobre el krausismo español que dictó al muy joven François Mitterrand en el colegio jesuita de Angulema. Era un estudio objetivo que reconocía la categoría de nuestros krausistas.

Me expresó el Presidente su deseo de visitar Barcelona, León y Santiago de Compostela.

Hablé con el alcalde Maragall quien vino a París para transmitir al Presidente, en audiencia en que lo acompañé, la invitación de la Ciudad de Barcelona, que visitó poco después. «Cumbres» franco-españolas lo llevaron a Santiago y a León. Invitado por el presidente del gobierno español pasó un fin de semana en Doñana.

Primer encuentro político: Simone Veil

Sobre la situación política en Francia hay una información abundantísima y todos los analistas políticos, franceses y extranjeros estudian con detalle el fenómeno de la convivencia del presidente de la República y el Primer Ministro. Me parece que sería inútil y engorroso repetir lo que se encuentra en la prensa.

Otra cosa son las informaciones de primera mano que pueda obtener de personalidades de la vida política francesa. Quiero en esta carta darte cuenta de una conversación que tuve con Madame Simone Veil, cuya posición en la UDF es muy importante, al tiempo que se encuentra en el pelotón de cabeza de los sondeos de popularidad.

Me empezó diciendo Madame Veil que se compadecía de quienes, como yo, tienen que seguir, analizar y explicar los avatares de la política francesa que son tan bizantinos que llegan a ser ininteligibles. Aludiendo a lo que feamente se llama «cohabitación», me dijo que, en estos momentos Francia vive entre paréntesis. Añadió que, siendo profundamente republicana, no deja de sentir envidia por el sistema monárquico español. Evocando otros casos de poderes ejecutivos bicéfalos, la señora Veil, que acaba de llegar de Grecia, comentó que la «cohabitación» griega presentaba muchos problemas, mientras que en Portugal creía que podrían ser evitados por las condiciones personales del presidente Soares.

Respecto a Mitterrand, el criterio de la Sra. Veil es que se esforzará en agotar su mandato. Helmut Schmidt, que conoce

muy bien a Mitterrand y con quien la Sra. Veil habló recientemente, piensa lo mismo.

Mi interlocutora pasó a hablar de los demás «presidenciables» socialistas. A su juicio, Rocard es sumamente confuso en sus ideas, pero es sin duda el político más simpático y accesible que hay en Francia y a esas condiciones personales debe su enorme popularidad. Mucho más endeble es la posición de Fabius y ninguno de los dos tienen nada que hacer si Mitterrand decidiese ir a la reelección.

Simone Veil se expresó con muy escaso entusiasmo respecto a Chirac. Dijo que sus aspiraciones presidenciales pueden verse perjudicadas por la erosión del poder. Quizás hubiese sido más hábil mantenerse al margen de esta fase, pero ha prevalecido el deseo de ejercer el poder y de favorecer, con el reajuste de los distritos electorales, las posibilidades del RPR. Dentro del grupo golista hay una extraordinaria disciplina interna, sólo comparable a la del Partido Comunista, por lo que nadie estorbará las aspiraciones presidenciales de M. Chirac. En la propia agrupación a la que pertenece Madame Veil, la UDF, la situación es muy confusa por la presencia de dos candidaturas prácticamente declaradas, la de Barre y la de Léotard y alguna otra más, latente. No percibí gran entusiasmo en Madame Veil por el Sr. Léotard. Me dijo que sus aspiraciones a ser ministro de Defensa eran disparatadas por lo enciclopédico de su ignorancia en los temas estratégicos y de seguridad. Como Ministro de Cultura se enfrenta ahora con el antipático problema de la primera cadena de televisión que Madame Veil considera que se debía haber obviado dándose libertad para el establecimiento de emisoras privadas sin privatizar las públicas.



Al día siguiente a mi incorporación había venido a verme Marcelino Oreja, secretario general a la sazón del Consejo de Europa, muy querido compañero y amigo, que me había incluido entre sus colaboradores más cercanos cuando fue subsecretario y ministro. Iba a almorzar con Simone Veil, y me invitó a acompañarlo.

El prestigio de Madame Veil se debía a su talento, a su bondad y a haber estado perseguida como judía. Llevaba tatuado en un brazo el número de serie que le impusieron en el campo de exterminio.

Fue diputada del RPR hasta el año 1993 y después ministra de Sanidad y Asuntos Sociales hasta el 95. Miembro del Consejo Constitucional en 2005, obtuvo el premio Príncipe de Asturias en 2007.

***Pretensión de renegociar algunos puntos
de nuestro Tratado de Adhesión a la CEE***

Dada la complejidad de la situación política existente en Francia, no resulta posible trabajar exclusivamente a través del Quai d'Orsay. Por ello estoy tratando de encontrar otras vías de acceso a las personalidades políticas más importantes del país.

En 1981 conocí en Madrid al antiguo colaborador del General de Gaulle, posteriormente ministro y embajador, Jean de Lipkowski, que vino al Ministerio de Asuntos Exteriores para explicar las posibilidades presidenciales de Jacques Chirac. He vuelto a establecer contacto con él y ayer almorcé en su casa.

Lipkowski, muy ligado a la vieja guardia gollista, (Couve, Debré, Messmer), pero también estrechamente afecto a Chirac, actúa como consejero oficioso para asuntos internacionales del Primer Ministro, quien ayer le comunicó su nombramiento como embajador volante para asuntos de Asia y América Latina.

Me contó Lipkowski, y eso es lo que quisiera destacarte, que había hablado al Primer Ministro de las relaciones con España y le había comentado que iba a reunirse conmigo. Le dijo Chirac que en ningún caso pensaba, cosa que ya sabemos, en renegociar el Tratado de Adhesión de España a la Comunidad Europea, pero que consideraba necesario realizar un esfuerzo conjunto para poner en claro algunos puntos ambiguos que complican su aplicación.

Esta postura del Primer Ministro francés es preocupante y será probablemente el mayor problema con que habremos

de enfrentarnos en nuestras relaciones con Francia. Ya lo estamos notando en el farragoso tema de la pesca. A mi juicio no se trata únicamente de satisfacer al sector pesquero francés. Hay también un deseo de Chirac de complacer con gestos a los golistas de nacionalismo más duro, que le tienen por excesivamente «europeo». Creo percibir también el deseo de este Gobierno de poner de relieve que sus predecesores socialistas fueron demasiado blandos en sus negociaciones para el ingreso de España y de Portugal y no tuvieron suficientemente en cuenta los intereses de Francia y de sus ciudadanos.

Quedó M. De Lipkowski en presentarme próximamente al Ministro Delegado para el Presupuesto, Alain Juppé, joven figura del RPR que tiene gran predicamento con su valedor Chirac.



Los problemas piscatorios son aludidos de pasada porque fueron tratados por vías no epistolares. Pero llegaron a ser muy graves el año 86 cuando barcos pesqueros vascongados bloquearon la entrada al puerto de Bayona. La «Royale» (nombre escasamente revolucionario que la marina de guerra francesa se da a sí misma) estuvo preparada para intervenir. Se llegó a un acuerdo y el sitio naval de Bayona fue levantado.

Jean de Lipowski, diputado golista del 78 al 97 y a pesar de ello amigo personal de Mitterrand, falleció en 1997.